



MIÉRCOLES, 6 DE JUNIO 2018

se celebrará, si el tiempo no lo impide,
con permiso de la Autoridad
y bajo su presidencia, la

**GRAN CORRIDA
EXTRAORDINARIA
DE BENEFICENCIA**

CON LA COLABORACIÓN DEL CENTRO
DE ASUNTOS TAURINOS
DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Se lidiarán seis toros
de la acreditada ganadería de

ALCURRUCÉN

para los matadores:

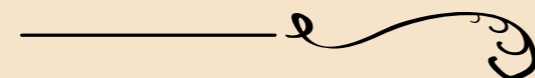
**ANTONIO FERRERA
MIGUEL ÁNGEL PERERA
Y GINÉS MARÍN**

acompañados de sus respectivas cuadrillas
de picadores y banderilleros

**S.M. EL REY HONRARÁ CON
SU PRESENCIA ESTE FESTEJO**

La corrida comenzará
a las siete de la tarde

Se observará con todo rigor
cuanto preceptúa el Reglamento aprobado
por Orden 2 de Marzo de 1996



**CORRIDA EXTRAORDINARIA
DE BENEFICENCIA 2018**



**Comunidad
de Madrid**



EL CARTEL

La luz y el color de una plaza de toros nos brinda múltiples obras de arte vivo. En este caso, mi propuesta como afiche surge de la barrera de la plaza de toros de la Ventas.

Perspectiva del miedo, responsabilidad, valor, fuerza, razón, arte, disciplina, ritmo, color, inteligencia, armonía, incertidumbre, intensidad, conocimiento, talento, equilibrio... y otras tantas cosas y contrastes que nos pueden transmitir el movimiento de los capotes de brega de cuadrillas y maestros.

Pintar el afiche de la Corrida Extraordinaria de Beneficencia de Madrid me inspira todo eso pero, sobre todo, placer. Para ganaderos y toreros es un mérito y un honor estar anunciado en ella. Lo mismo ocurre para el pintor que pone imagen a este acontecimiento, en el que los toreros tienen como elemento principal el toro, sus terrenos y sus tiempos, con ayuda de los trastos lidiadores... Los pintores tenemos los colores y las formas, motivos paralelos que quizás nunca se juntan pero siempre nos llevan por el camino de la creación.

Por este motivo y muchos otros, entiendo la lidia de toros bravos como un arte completo y singular; todo ese sentimiento que brota de los capotes magentas de los toreros después de hacer el paseíllo me ha dado las herramientas suficientes para pintar y, con ello, invitar al público a disfrutar de esta gran tarde de toros.

Patrimonio estético español, al que tanto debemos los que con pasión, respeto y cultura nos inspiramos en el arte de la tauromaquia.

Todo esto pensé y sentí en el momento de crear esta obra.

 Diego Ramos R.

INDICE

La ganadería: Alcurrucén
Páginas 4 y 5

Los ganaderos: Los hermanos Lozano
Páginas 6 y 7

Entrevista a Antonio Ferrera
Páginas 8 y 9

Entrevista a Miguel Ángel Perera
Páginas 10 y 11

Entrevista a Ginés Marín
Páginas 12 y 13

Anatomía imprecisa de un milagro
Página 14

La libreta de Diego Ramos
Página 15

La luna a mano izquierda
Páginas 16 y 17

Beneficencias de los 80: los variados años de la Movida
Páginas 18 y 19

Beneficencias a través del objetivo
Páginas 20 y 21

Belmonte y Chaves Nogales: el libro que agigantó un mito
Páginas 22 y 23

EDITA:
Comunidad de Madrid -
Centro de Asuntos Taurinos

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Gloria Sánchez-Grande

D.L.: M-20102-2012
Imprime: B.O.C.M.
Tirada: 8.000 ejemplares

SALUDO DE ÁNGEL GARRIDO
Presidente de la Comunidad de Madrid



La plaza de toros de Las Ventas vuelve a prepararse para celebrar el festejo más emblemático de la temporada taurina, cuya tradición se remonta a unos 280 años y cada año preside la Casa Real desde la época de Felipe II.

Y es que la tradicional Corrida Extraordinaria de la Beneficencia de Madrid marca el día más importante del calendario taurino para los aficionados que esperan con entusiasmo su celebración.

Es por eso que la confección de su cartel conlleva el gran reto de cumplir con las expectativas de los grandes acontecimientos taurinos que son los que dan brillantez a nuestra fiesta.

Desde esta responsabilidad y para esta ocasión se ha conjugado veteranía y juventud con tres toreros extremeños de reconocido arte que se enfrentarán a reses de una de las ganaderías más señeras de la cabaña brava española.

Un cartel muy atractivo que cuenta, además, con el aliciente de que sus protagonistas vuelven al coso de la calle de Alcalá para ratificar sensaciones y éxitos que tanto han calado en el público de Las Ventas en anteriores comparecencias.

Por todo esto, estoy convencido de que los aficionados que acudan a este festejo lo harán con la ilusión de ser testigos de una tarde taurina de primer orden. Ojalá tengamos la dicha de presenciar una tarde de gloria en la que los olés suenen con esa fuerza, pasión y sentimiento tan característicos de los tendidos de la Monumental madrileña, y así honrar el esfuerzo con el que sus protagonistas engrandecen aún más la historia de esta plaza que es capital mundial del toreo.



LA GANADERÍA: ALCURRUCÉN

Luis Miguel Parrado



Finca Alcurrucén

El tiempo pasa volando, y ya hace medio siglo que los hermanos Lozano decidieron hacerse ganaderos de bravo. Desde luego esa faceta no les era desconocida. Taurinos -y de los buenos- de toda la vida, confiesan que el primer acercamiento que mantuvieron con la Fiesta fue a través del toro. Para eso su abuelo era criador de bravo, anunciando su divisa a nombre de Hnos. Martín Alonso. La había comprado directamente al Duque de Veragua, y la traspasó poco después a Juan Pedro Domecq Núñez de Villavicencio. En aquellos pagos toledanos de "El Molinillo" tuvo esos toros, siendo su segunda aventura ganadera la compra de la divisa del cordobés Eduardo Sotomayor, una de las mejores de la época, hasta el punto de que dos de los rabos que hasta ahora se han cortado en Las Ventas pertenecieron a sendos toros de Martín Alonso lidiados el 29 de septiembre de 1935 por Lorenzo Garza y Curro Caro. Desgraciadamente esos animales acabaron sirviendo de alimento a los milicianos.

Habrían de pasar treinta años antes de que los nietos de aquel criador de preguerra retomaran la tradición familiar. Corría 1966 cuando Pablo, Eduardo y José Luis Lozano, en unión de Palomo Linares, compraron un hierro que anunciaron "La Jarilla", encastándolo con vacas y sementales de Eusebia Galache. Variaron el diseño de la marca, que pasó a entrelazar una P y una L mayúsculas, iniciales de Pablo Lozano y Palomo Linares. Ese dibujo, con alguna leve variación sobre el original, es el que hoy en día sigue marcando a fuego los animales de "Alcurrucén". El nombre no está elegido al azar, sino que es el de la primera de las muchas y buenas dehesas que con el paso del tiempo fueron adquiriendo los Lozano. Bañada por el río Guadalquivir en su curso medio y situada en la cordobesa Pedro Abad, "Alcurrucén", que es de las poquísimas fincas señalizadas con un cartel en autovía, acogió durante muchos años ganado bravo y posteriormente las vacas y sementales del hierro de Lozano Hnos., siendo actualmente la presencia ganadera meramente testimonial, porque con el paso del tiempo se ha ido transformando en un extenso olivar.

Allí, en su plaza de tientas, comenzó a forjarse la historia de la divisa celeste y negra que distingue a los de "Alcurrucén", nombre que se adoptó prácticamente a la vez que los ganaderos daban el giro de timón definitivo a su vacada. Corrían principios de los ochenta del siglo pasado cuando Pablo Lozano se dejó caer por los predios gaditanos de la familia Núñez. La idea era comprar una tropa de vacas y sementales para exportarlos a Ecuador, donde iban a crear una divisa en sociedad con un nativo. Aquello no cuajó, pero sí se compraron los animales, que quedaron en España y en consorcio con los también toledanos Lorenzo y Alejandro García Martín, aunque tiempo después cada familia cogió su camino. Cuenta el propio Pablo Lozano que él, montado a caballo, fue reseñando una a una las vacas de Núñez, atendiendo únicamente a las hechuras, sin mirar notas ni reatas. Junto a ellas también se adquirieron unos cuantos utrerros y erales que serían bien tentados, bien lidiados en las temporadas siguientes. Justo al tiempo llegó un golpe de suerte, el toro "Bocineto-64", que no terminaba de ligar en su casa matriz y que fue cedido para una cubrición. Acabaría siendo clave en "Alcurrucén", puesto que engendró a un semental básico llamado "Manchoso-125", lo mismo que "Cavilán-65", que acabaría sus días padreando en América, procreó al colorado "Cigarrero-1", que aparte de su carga genética definió mucho el tipo de la casa.

Con esa base "Núñez" los Lozano empezaron a trabajar. Aunque con algunos guiños a otras ganaderías, como uno que es poco conocido, llegado de la mano del romanticismo de Pablo, quien compró una decena de vacas jaboneras a los Hnos. Sampedro, para recordar en su casa el pelo que había sido

santo y seña en la de su abuelo. De aquello queda el recuerdo lejano de algún "Alcurrucén" jabonero, como el de la foto que ilustra este artículo y que fue lidiado en la inauguración de la plaza de Cullera allá por julio de 1986. También padrearon fugazmente sementales de "Torrestrella" (un "Encendido-35", de 1977, y un "Apocado-13" que no ligó), tres de "El Torreón" dentro de su rama "Jandilla", y otro de Joao Moura línea del "Naranjito", toro que le hizo la ganadería al rejoneador portugués.

Evidentemente aquellos pequeños afluentes fueron más que absorbidos por el gran caudal de sangre "Núñez" que han sabido seleccionar como nadie hasta convertirse en el mascarón de proa del encaste. Desde aquellos triunfos iniciales en plazas menores hasta llegar a los grandes ciclos la ganadería ya no paró de crecer. Entró en Sevilla, primero llevando sobros de lujo y después con corridas completas, como aquella del 23 de abril del año de la Expo donde Manzanares padre cuajó al castaño chorreado "Herrero". Poco más tarde la divisa se hizo imprescindible en Madrid, sobre todo a partir de aquella faena mágica de Julio Aparicio a "Cañego". De aquello ha transcurrido casi un cuarto de siglo y "Alcurrucén" no ha dejado de estar en la cresta de la ola, con el mérito añadido que supone luchar por una sangre brava que en ese periodo de tiempo ha visto reducirse drásticamente sus efectivos. Mientras eso ocurría, ya instalados en "El Cortijillo", Pablo, Eduardo y José Luis sonreían sabiéndose poseedores del secreto. Ése que les hace lidiar año tras año varios de los toros más importantes de cada temporada y que, con toda seguridad, tenéis grabados en vuestra memoria.



Finca El Cortijillo



Un "Alcurrucén" jabonero...



"Malagueño" (2015)



"Jabatillo" (2016)



"Barberillo" (2017)

©Manuel Durán

LOS GANADEROS: LOS HERMANOS LOZANO

Luis Miguel Parrado



Hay personas que vienen a este mundo como tocadas por una varita mágica. Decía Rafael de Paula aquello de que el arte son unas bolitas que Dios lanza desde arriba y afortunado aquel al que cae alguna. Esa frase se puede extrapolar, cambiando arte por predestinación al triunfo, a este linaje, porque las "bolitas" cayeron sobre la familia al completo. Pasado el tiempo Pablo, José Luis y Eduardo Lozano Martín son una especie de Santísima Trinidad del toreo, mundo que conocen como nadie y donde han triunfado en todas sus facetas.



En realidad, los varones de la familia Lozano son cuatro, pero Manolo se "independizó" de los demás y forjó su propia carrera, que ha rematado apoderando este año a Morante de la Puebla. Los otros tres hermanos se mantuvieron unidos a lo largo de una trayectoria que abrió Pablo, que fue matador de toros con cierta fama en los años cincuenta. Pero a pesar de llegar a ser apodado "La muleta de Castilla" no era ese el camino que habría de llevarlo a la cima. La suerte, tan importante siempre, no le sonrió y varias cornadas a destiempo acabaron con esa etapa. Se perdió un torero, pero todos ganamos un taurino de capacidades extraordinarias. A él se unieron pronto sus hermanos José Luis y Eduardo, que siendo aún muy joven debutó como empresario, casi por casualidad, en una corrida de toros celebrada en

Úbeda a mediados de los años cincuenta. Esa zona de Jaén, repleta de pequeñas localidades donde había gran afición a los toros sirvió para que los Lozano empezaran a foguearse en tareas empresariales. Han pasado muchos años de aquello, pero pueblos como Villacarrillo, donde precisamente Pablo toreó la corrida de inauguración, aún recuerdan la gestión de los taurinos toledanos. De Jaén a Castilla, y cada vez más experiencia, a cada tarde de toros más afinado ese instinto que les corría por las venas y del que surgió aquella gran idea de "La Oportunidad" en Vistalegre, con un país paralizado ante aquel certamen, ante aquella verdadera "Operación Triunfo" del toreo de la que salió catapultado Sebastián Palomo Linares, cuyo nombre ya siempre estaría unido a la casa Lozano.

Y si el de Linares arrollaba en las plazas, sus apoderados lo bordaban en los despachos, creando una entente que los puso a todos en figura. Aquellas plazas de pueblo donde comenzaron quedaron atrás y empezaron a llegar ferias de categoría. No sólo en España, sino en América, que en aquellos años era un verdadero "Eldorado" para la Fiesta. Bogotá, Quito o Cartagena de Indias vivieron temporadas de esplendor bajo la gestión de los Lozano, convertidos ya durante los setenta en unos de los taurinos más importantes de la historia. Pablo comenzaba a ser Don Pablo, y hoy en día sólo basta decir ese nombre para que todo el mundo sepa de quién se está hablando.

Don Pablo, el sabio. Veedor infalible de toros y toreros, que después de Sebastián Palomo se fijó en un novillero nacido en el Aljarafe sevillano que llevaba el mismo nombre artístico que había anunciado a su padre: "Espartaco". Aquel rubito llegó a ser con el tiempo una figura de época forjado por los consejos y el sello de los Lozano. Su última apuesta en el apartado de toreros ha sido Álvaro Lorenzo, que en Resurrección se entretuvo en cortar tres orejas en Las Ventas. Entre uno y otro, nombres como El Cordobés, César Rincón, Manzanares padre u Ortega Cano pasaron por esta casa. Ahora, con el relevo ya hecho, su hijo Pablo lleva a la máxima figura del rejoneo, Diego Ventura, y Luis Manuel hace lo propio con ese figurón llamado Julián López "El Juli". La genética hizo, una vez más, su labor. Por cierto, ¿qué sentiría Don Pablo al ver salir a su otro hijo, Fernando, por la puerta grande de Madrid en pleno San Isidro de 1990, el primero que ellos organizaban?

José Luis es el diplomático, la sonrisa de la casa, y Eduardo siempre ha tenido fama de ser el hombre de los números. Un equipo perfecto, con una capacidad de trabajo admirable, que culminó su trayectoria con la gestión de la plaza de Las Ventas entre los años 1990 y 2004. Y al mismo tiempo que coronaban su currículum como empresa se iba encumbrando un nuevo proyecto: Alcurrucén. Aquel ya no era el nombre de una dehesa de Córdoba, sino el de una ganadería llamada a estar entre las más grandes, cuyo camino había comenzado precisamente en esa finca, a la que siguieron otras más: "La Cristina", "La Mudiona" y "Egido Grande" antes de culminar con un buque insignia "El Cortijillo", en tierras toledanas de Urda, convertida desde principios de este siglo en el auténtico cuartel general desde cuyos ventanales se pueden ver los toros de saca de sus tres hierros, porque al primigenio le siguieron los de "Lozano Hnos." y "El Cortijillo".

Cerca de 2.000 vientres llegaron a tener cuando en España se ataban los perros con longaniza. Y más de 1.000 manejan actualmente. No en balde su abuelo, aquel que poseyó hace casi un siglo la ganadería de Veragua y después la de Sotomayor, decía que ese era el número necesario que debía tener el que quisiera ser ganadero de una vez. Y ellos lo son, vaya si lo son. Sólo hay que pasar un rato en el porche de "El Cortijillo" para comprobarlo. El que haya tenido ese privilegio sabe bien de lo que hablo. Cuando uno está allí y se sienta con los tres hermanos, o con alguno en particular, la sensación que le invade es la de estar hablando con quienes son historia viva del toreo. Con mentes preclaras que, como todos los triunfadores, les hicieron ser adelantados a su tiempo, aunque José Luis todavía lleve los nombres y reatas escritos a bolígrafo en una libreta tamaño cuartilla de cuadritos. Cosas de genios, claro.

Toros de Beneficencia 2018



ENTREVISTA A ANTONIO FERRERA

Gloria Sánchez-Grande



fotos de Pablo Cobos



Quedamos en el mismísimo Kilómetro Cero de Madrid, a última hora de la tarde. Antonio Ferrera viene del sastre. Caminamos por Arenal, por el callejón de San Ginés, entre sus puestos de libros, y atravesamos la Plaza Mayor. “Me gusta sentir; sentir la vida, a las personas. Vivo en mi entorno, que es la naturaleza, pero también busco la ciudad. No vivo aislado, sino puro. Hoy en día, se vive de una forma muy virtual y las personas se miran poco a los ojos. A mí me gusta vivir conectado con la vida. Mi hábitat natural es el campo: me gusta mi huerto, mis gallinas, mi ganadería, mis caballos, mis perros. Pero también disfruto entrando en un bar y observar a mi alrededor”.

Y es cierto que los ojos de Antonio Ferrera poseen la viveza de quien mira mucho. Parece estar de regreso de un largo viaje, con cansancio del camino y codicia de su tierra. La piel curtida. El alma grande. Pero, al igual que Cernuda, Ferrera no echa de menos un destino más fácil. “Me sigo descubriendo. En la vida en general, pero más en nuestra profesión, uno espera que las cosas lleguen como uno anhela. Pero nunca hay que dejar de lado la imprevisibilidad que, en cierta manera, te acerca a la verdad. Me gusta vibrar y sorprenderme. Al final, transmites lo que eres y como estás. He dado más valor a todo esto con el paso del tiempo. Somos los mismos, pero no transmitimos lo mismo cuando tenemos veinte años que cuando vamos andando el camino. El espíritu se va macerando. Y se va liberando también. Gracias a una vocación natural y al tiempo, he llegado a ser lo que soy ahora”.

Hablamos en una mesa sencilla junto a un balcón, en Los Galayos, un restaurante centenario donde se reunió la Generación del 27, por última vez, antes del estallido de la Guerra Civil. “Me ha liberado aprender a no esperar tanto; también las circunstancias, como estar fuera del arte del toreo dos años a causa de una lesión”. El destino y las caprichosas desviaciones del camino: en 2015, Ferrera sufría una fractura completa con desplazamiento del radio en el brazo derecho que lo tuvo sin torear casi dos temporadas. “En aquel tiempo, la vida me habló: le habló al hombre y guardó al torero. Yo llevaba una inercia desde los ocho años, cuando me inicié en esta profesión... Treinta y tantos años desde entonces conectado al toro en cuerpo y alma. Cuando hablo de las inercias, me refiero a esperar que todo fuera como yo creía que tenía que ir, o buscar resquicios para que eso pasase. Y la lesión, por el contrario, me conectó con la vida, pero desde la sencillez. Me preocupé mucho de la persona y no le exigí al torero. Desde que era un niño, le estaba pidiendo demasiado. Al final, entendí como soy. Hasta entonces, sufría porque no acababa de entenderme a mí mismo, no tenía esa capacidad de desgranarme. Y llegó un momento en el que, al fin, me enfrenté a mí. Porque una cosa es ser valiente en el momento, para superar situaciones muy duras o difíciles, pero, como persona, a menudo, los toreros estamos cogidos con alfileres. A partir del momento en el que te miras en el espejo, no es que te conviertas en alguien mejor o más fuerte, pero sí aprendes a comprenderte. Y te das cariño, en vez de buscarte, exigirte o incluso luchar contigo mismo”.

¿Cuándo empezó todo? “Mi abuelo paterno era muy aficionado. No pudo vivir para verme torear. Sí recuerdo que tenía vacas lecheras y él y mi abuela me hacían las muletitas de trapo”. Después, vino la herencia de su padre, quien llegó a novillero. “Él ha sido un padre muy exigente, pero también muy cabal”. Con diez años, Ferrera recuerda ver, por televisión, corridas en las que se anunciaban los maestros de los 80: Julio Robles, Manzanares, Capea, Ojeda, Espartaco, Roberto Domínguez, Ortega Cano... también Juan Mora. “Yo absorbía todo aquello. Quizá no era consciente de las cuestiones técnicas, pero sí me impregnaba del aroma, de la personalidad. Eso que no se ve, pero que te atrapa. Después tuve la suerte que, con doce o trece años, coincidí con el maestro Manzanares en el campo: me acogió en su casa y su semilla humana y torera sembró en mi corazón. Todo aquello formó el caldo de cultivo, el culto al torero. Y, al final, aunque uno tenga su propia personalidad, estamos conectados, mediante tentáculos, con hombres que hicieron lo mismo antes que tú, tiempo antes”.

Tras veintiún años como matador de toros (en marzo de 1997, cuando él tomaba la alternativa, nacía Ginés Marín), Antonio Ferrera tiene el cuerpo cosido a cornadas; como un mapa de trayectorias, de avances y retrocesos. “Las cornadas son desgarradoras y dolorosas. No quieres que sucedan, pero sabes que van a llegar. Sin embargo, también son las huellas del camino, de tu paso y de tu manera de andar por el toreo. Son el legado, que marca tu cuerpo, de la cabalidad con la que vives tu vida. Los toreros no somos de otra pasta. No queremos demostrar que somos más valientes que nadie ni que soportamos mejor el dolor que nadie. No somos toreros por demostrar nada. Somos toreros porque lo somos y lo sentimos. Es algo que está ahí, en nuestro corazón. Incluso en esos momentos de dolor, uno es libre. El torero, cuando sale a la plaza, expone muchas cosas, no sólo su vida: expone su ser delante de miles de personas. Ahí se desnuda; sabiendo que puede acabar todo. Pero si se acaba, se acabará de verdad”.

“A esta vida, tan imprevisible, tan mágica y tan grande como es el toreo, también hay que darle su espacio. Me gusta mucho el senderismo, la lectura, el cine, el teatro, la música... y desde hace poco, me estoy aficionando al tiro con arco. Hay que aprender a ver otras cosas además del toro”. Hablando de música, Ferrera, espontáneo, camaleónico, sonríe y lanza una interrogación: “¿Sabes qué escucho cuando me visto de torero, desde que reaparecí? A El Fary. Era un genio”. Un genio, pero también un forrofo del eterno rival: del Real Madrid. “Yo, en cambio, soy del Atleti porque me ayuda a ser mejor torero”.

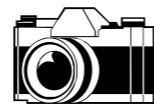
Le preguntamos a qué sabe la Puerta Grande de Madrid, que llegó a abrir en 2002. “Ya no me acuerdo”. Ríe. “Sí recuerdo un detalle: después de cortar las dos orejas al toro, en vez de pensar que era un sueño y un privilegio, yo rumiaba: ¿podré volver a

hacerlo? Y acababa de cortarlas; aún ni me habían sacado a hombros. Cuando sucede algo tan grandioso, un milagro, hay que saber valorarlo. Desde que pensé aquello, desde que me hice aquella pregunta, no lo he vuelto a lograr: no he vuelto a abrir la Puerta Grande de Las Ventas”. Quizá suceda en la Beneficencia de 2018... “Lo más importante es el camino que he seguido hasta que Dios me ha dado la oportunidad de llegar hasta esta fecha. Es un privilegio, un honor y una gran responsabilidad. Recuerdo ver aquellas Beneficencias, retransmitidas por Televisión Española, cuando tenía diez años, quince años, esas encerronas con el maestro Capea, con el maestro Roberto Domínguez, ese mano a mano con el maestro Rincón y Ortega Cano... La plaza con las guirnaldas verdes, esa excelencia, las banderillas engalanadas... Ese aura que se respira en un día tan especial. Entrar en Beneficencia me ha recordado que, en la vida del torero, nunca hay nada escrito”. Tampoco en el largo y libre peregrinar del héroe, con los ojos siempre fijos frente a lo antes nunca visto. “Aceptaré lo que me marque el destino y estaré muy agradecido. Y, cuando ya no esté, me gustaría que mi espíritu haya tenido la nobleza suficiente a la hora de entregar la vida al arte del toreo. Así quiero que me recuerden”. Amén.



ENTREVISTA A MIGUEL ÁNGEL PERERA

Gloria Sánchez-Grande



fotos de Pablo Cobos



En menos de cinco horas, Miguel Ángel Perera hará el paseíllo en la plaza de toros de Guadalajara. La empresa ha programado un mano a mano con el rejoneador Diego Ventura con motivo de la Corrida de Primavera. Al mediodía, mientras su gente se encuentra en el Coso de las Cruces, el matador espera en la cafetería del hotel, conversando con su mujer, la ganadera Verónica Gutiérrez.

“Los días de corrida, no suelo poner el despertador: me los tomo con tranquilidad”. Dormir hasta que el cuerpo -y la mente- permitan y, después, esperar a que lleguen las noticias del sorteo: qué lote ha tocado, qué toro se echa por delante, cómo es la corrida. Hablando de costumbres, preguntamos a Perera si sigue algún ritual cuando torea. “Tengo algunas manías. Cuando salgo hacia la plaza, me gusta dejar encendida la luz de la habitación del hotel. También empiezo a vestirme de luces por el pie derecho. Algunas de estas supersticiones me las han ido pegando, con el paso de los años, la propia gente de mi entorno”.

Catorce años como matador de toros -como figura del toreo, en realidad- dan para mucho. El palmarés de Perera resulta abrumador: sólo en Madrid, ha abierto la Puerta Grande en seis ocasiones, una de novillero y cinco después de tomar la alternativa. “Verdaderamente, he salido por ella cuatro veces, porque en una de esas ocasiones estaba herido y me tuvieron que operar. Cuando te vas a hombros es tocar la gloria y una culminación: se te pasan por la cabeza muchos momentos de entrenamiento, de

miedo, de lucha, de sueños y de personas que me han ayudado en la vida. Madrid es la plaza que más me desvela”. Tampoco es novedad para Miguel Ángel Perera verse anunciado en la Corrida de Beneficencia. “Creo que es la tercera que tereo”. Duda y hace memoria. “Es una de las fechas emblemáticas del año: Domingo de Resurrección de Sevilla, Beneficencia de Madrid, la Goyesca de Ronda... Pero de todas ellas, la Beneficencia es la de mayor trascendencia”.

Perera habla rápido, seguro y cordial; sin embargo, no puede evitar mirar, de vez en cuando, la esfera del reloj. “Me gusta comer pronto para estar ligero cuando llega la hora de vestirme”. Pide que le traigan una botella de agua. “En mi familia no tengo antecedentes taurinos. Ni siquiera procedo de la zona extremeña donde pastan ganaderías de bravo. Nací en Tierra de Barros, que es una comarca de viñas y olivos. Lo mío fue vocación pura y dura. De niño, jugaba con mis hermanos a simular corridas de toros. De pequeños, tuvimos un borreguito que, al final, se convirtió en carnero y lo enseñamos a topar. Ésa era nuestra diversión”. Justo en ese momento, entran en la recepción del hotel los padres de Julián López “El Juli”, compañero en los carteles, amigo y “vecino” de finca. “Cuando pasé al colegio de los jesuitas en Villafranca de los Barros, ya hice un grupo de amigos aficionados. Entre ellos, se encontraba el hijo de un ganadero, José Luis Pereda, con quien entablé mucha amistad. Así que empecé a ir a algunos tentaderos en su casa hasta que logré apuntarme a la Escuela Taurina de Badajoz. En aquella época,

de vez en cuando, también me tocaba ejercer como monaguillo: si iba a la misa, me quitaba de ir a clase en el colegio”. El torero sonríe y rejuvenece. Se olvida, quizá, por un momento, de los tres toros que le aguardan, de la inquietud y la responsabilidad.

“El valor se gasta: es como un vaso de agua y, cuantas más grietas tiene, antes se vacía. Aunque entiendo que hay formas de alimentar ese valor. Para mí, la preparación resulta fundamental a la hora de vestirme de luces: estar fuerte físicamente, tener confianza para asumir situaciones de compromiso... Todo esto hace que me sienta seguro”. Aprovechamos para preguntarle por otro tipo de miedo, uno más terrenal. “Las tormentas me dan pánico. Cuando salgo a caballo por el campo, si empiezo a escuchar un trueno de fondo, me entra verdadero pavor: el agua, las herraduras, las encinas... Donde esté, salgo huyendo. Y si estoy en casa, cuando empiezo a ver relámpagos, me encojo de hombros. Y no sé por qué. Afortunadamente, nunca he tenido una mala experiencia con las tormentas. Pero el miedo es libre, ¿no?”. Absolutamente.

Despejamos los nubarrones preguntándole sobre su experiencia de encarnar al Ignacio Sánchez Mejías del siglo XXI. “La comparación me causa bastante pudor”. El pasado invierno, Miguel Ángel Perera decidió rendir homenaje a la Generación del 27 en el 90º aniversario de su fundación e, imitando al cuñado de “Joselito”, reunió en Sevilla a diversas personalidades de la cultura actual: el tenor Plácido Domingo, el actor Juan Echanove, y el filósofo Fernando Savater, entre otros. “La Tauromaquia se ha alejado de la sociedad y, por desgracia, tampoco contamos con la ayuda de la inmensa mayoría de los medios de comunicación. Son pocos los periodistas que se atreven a dar cabida a la información taurina en sus medios. Así que sentía la necesidad de dar un toque de atención y de convocar a personalidades de nuestra sociedad para que reivindicasen el peso de la Tauromaquia: gente de distintos ámbitos, con credibilidad profesional y partidarios. Que sus seguidores vieran que el toro no es perjudicial sino, al contrario, una fuente de inspiración para sus ídolos”. ¿Miguel Ángel Perera es, tal vez, amante de la ópera? “No escucho ópera, pero me encantó conocer a Plácido Domingo. A pesar de su grandiosidad, es un hombre de una tremenda humildad y muy cercano. Además es muy aficionado a los toros”. En mitad de “La Traviata”, la ópera más representada en todo el mundo, suena el espléndido coro verdiano de gitanas y toreros: “Di Madrìde noi siam mattadori” (“Somos toreros de Madrid”). Precisamente, el pasado mes de febrero, Plácido Domingo interpretaba en la Ópera de la Bastilla de París el papel de Giorgio Germont, padre de la desgraciada Violetta.

Pero por esas fechas invernales, la mayoría de los toreros prefiere refugiarse en el campo, en sus fincas, intensificando la preparación, en vez de acudir a óperas y teatros. Es el caso de Perera, quien vive

con su mujer cerca de Olivenza: “Cuando nos casamos, mi suegro nos regaló uno de sus tres hierros, el de San Pelayo. Nos llevamos sus toros de Murube de Salamanca a Badajoz. Aparte, yo saqué otro hierro vía Fuente Ymbro. Ricardo Gallardo, buen amigo, me regaló por la boda un lote de vacas”. Él Niño de la Capea entra, en ese preciso instante, por la puerta giratoria del hotel de Guadalajara. A su lado camina una niña de cuatro años, con vaquero parchado y zapatillas plateadas. Se lanza a los brazos de Miguel Ángel Perera. “Es mi hija Carmen. Se llama igual que su abuela materna”. ¿Cuesta más jugarse la vida cuando se es padre? “Sí. Y pesan los años. Llevo catorce años de alternativa y he vivido muchas circunstancias, percances y triunfos. Siento que he superado el ecuador de mi carrera. Por mi forma de interpretar el toreo y mi exigencia, no me veo otros tantos años toreando. Esto desgasta mucho”. En septiembre de 2015, Perera sufría una cornada espeluznante en el abdomen. El equipo médico de Salamanca obró el milagro y el torero salvó, milagrosamente, la vida. “Me siento un afortunado por lo que he vivido y he conseguido, y continúo con ilusión de sentirme en la plaza, pero no dejo de pensar que son catorce años de alternativa y dieciséis cornadas”.

Al final de la tarde, Miguel Ángel Perera salía a hombros de Guadalajara con toda su familia aplaudiéndole desde los tendidos.



ENTREVISTA A GINÉS MARÍN

Gloria Sánchez-Grande



fotos de Pablo Cobos



Hotel Puerta América de Madrid. Un edificio de cinco estrellas, no sólo por el lujo, sino también porque en su construcción participaron algunos de los mejores estudios de arquitectos y diseñadores del mundo. En uno de sus salones, revestido de espejos, una mañana de domingo, se desarrolla esta entrevista.

Veintiún años recién cumplidos. Decía el poeta que uno comienza a comprender que la vida va en serio más tarde. Como todos los jóvenes, Ginés Marín también viene a llevarse la vida por delante, “dejar huella quería y marcharme entre aplausos”; pero él sí comprende lo en serio que va la vida. A los once años, se le metió entre ceja y ceja que quería ser torero y obligó a sus padres a que lo apuntaran a la Escuela Taurina de Badajoz. “Seguí compaginando los estudios en el colegio con mis entrenamientos porque, por aquel entonces, lo de los toros era una aventura; una aventura que, en la mayoría de los casos, no tiene futuro. Estuve estudiando hasta los 16 años, que me saqué el graduado escolar. Entonces tuve que tomar la decisión de seguir estudiando o dedicarme plenamente a ser torero. Aposté por lo que realmente me gustaba y, hasta ahora, me está saliendo bien, ¿no? Aunque los estudios no se me daban mal. Al final, cuando ya estaba más centrado en las novilladas y en mi futura profesión, sacaba peores notas, pero tenía cierta facilidad para estudiar. Nunca me he planteado que no iba a poder conseguir mi sueño, así que tampoco me preocupé en buscar una segunda opción para ganarme la vida”.

Conserva el rostro de un estudiante concentrado: el ceño fruncido, la mirada clara. A veces, mientras habla, baja la vista y contempla sus manos sobre la mesa. Parece tímido, aunque en su entorno comentan que se va soltando. “Amigos de Olivenza, con los que me he criado y he estudiado, llevan una vida muy distinta a la mía. El grado de madurez y de conocimiento en comparación con ellos es muy diferente. Por un lado, casi siempre estoy rodeado de personas mayores que yo y, por otro, desde los 19 años, ha pesado sobre mí una responsabilidad que, en circunstancias normales, no habría tenido. Con mi edad, uno piensa en ir a clase y poco más. Pero, sobre mí, recae la responsabilidad de sostener a un equipo en el que cada miembro, a su vez, tiene a su familia; y todos dependen de mí... Aparte de arreglarme la vida. Todo esto te hace ser mayor antes de tiempo”.

Guillermo Marín, padre de Ginés, es el responsable del camino elegido por su hijo. Lo acompaña allá adonde va, como picador en su cuadrilla. Por una vez, y sólo en el ruedo, el hijo manda sobre el padre. “Por su afición, él siempre me ha tenido en contacto con este mundo, desde que nací. A mi madre siempre le han gustado los toros, pero tampoco tenía una afición desbocada así que, al principio, le costó un poco que me apuntase a la Escuela Taurina. Ella sabía que no era como inscribirse a un equipo de fútbol. Pero lo aceptó y ahora viene a verme a la plaza cada vez que puede, igual que mi hermana. Dicen que lo pasan mejor en la plaza que cuando no van. Prefieren verme que estar esperando la llamada”.

La determinación de Ginés es férrea: el toro o nada. “Siempre me ha gustado tanto torear que no he tenido otras aficiones: no he prestado tiempo a otras cosas, salvo al toro y al campo. Últimamente, me estoy aficionado un poco al golf. Eso sí: me encanta comer. Es uno de los placeres de la vida y disfruto muchísimo en la mesa”. Además de los placeres gastronómicos, se relaja al volante; no en vano, a finales de la temporada pasada, se compró un coche de alta gama. Quizá su única concesión. “Cuando alguna vez tiendo hacia cosas lujosas, me freno yo mismo porque me causa rechazo. Me gusta la sencillez y, de hecho, muchos días pienso que debería disfrutar más de las cosas que me da la vida. No quiero que el ansia de desear siempre más impida que valore lo que tengo ahora”.

“Quizá mi mayor virtud sea la paciencia. También soy capaz de controlar los momentos de tensión con serenidad. No obstante, aunque soy calmado, en determinadas situaciones, como en el momento de vestirme de torero en la habitación, puedo tener un gesto o una mirada que llega a molestar a la gente de mi alrededor”. Y es cierto que Ginés, cuando levanta y clava los ojos, de golpe, pierde la inocencia de los veintiún años.

La niñez se le escapó definitivamente el pasado 25 de mayo, la tarde de su confirmación de alternativa en Madrid. “Del día de la Puerta Grande, se me agolpan muchas instantáneas, pero recuerdo con especial cariño el momento en el que llegué a la habitación del hotel. Tardé un rato, por cierto, en quitarme el vestido de torear porque estaba disfrutándolo. Cuando salí de la ducha, estaba llegando toda mi gente: la cuadrilla, los apoderados, los amigos... En una habitación de hotel, nos juntamos 20 ó 30 en un momento. Recuerdo la felicidad plena que yo veía en las caras de todos. Aquello fue muy satisfactorio para mí, el haber hecho feliz a gente a la que quiero”. Así es Madrid: del anonimato a la gloria en una tarde.

La arena, no obstante, es también amarga a veces. La suerte o la muerte, de Gerardo Diego. Y esa dicotomía Ginés empieza a conocerla. “Después de la salida a hombros, toreeé en Madrid la Corrida de la Cultura. Podría haber cortado tres orejas, pero pinché y di una vuelta al ruedo. Pero salí de la plaza feliz porque mi meta, aquel día, era demostrar que la Puerta Grande no había sido una casualidad. Por eso, a pesar de no haber triunfado, iba hacia el hotel muy contento. En la habitación, cuando me estaba desvistiendo, un amigo me contó que un toro acababa de matar a Fandiño de una cornada. Me estaba quitando la taleguilla y me tuve que sentar en la cama un rato. De acabar de vivir una tarde tan bonita y emocionante, supe aquello: la otra cara del toreo. Viví un contraste de emociones muy duro. En esas ocasiones, uno se plantea si merece la pena lo que hacemos. El toreo te lo puede dar todo y te lo puede quitar todo. Fue el caso de Fandiño”.

Morir también forma parte del argumento de la obra. Este descubrimiento, desvelado antes de tiempo, ha hecho a Ginés Marín un poco más sabio, un poco más tenaz. “Me dicen bastante que, toreado, me parezco a Paco Camino. Es curioso. Fíjate: con tantos años de diferencia y con la evolución que ha habido en el toreo y que me comparen con un torero tan grandioso. Es un auténtico elogio. Yo entreno cada día para no perder la frescura, la naturalidad, esa improvisación que caracteriza mi toreo. Cuando muere la imaginación, muere el artista. Sí es cierto que resulta difícil sorprender con 15 ó 20 años de alternativa a las espaldas, pero se puede conseguir. Trabajo por ello cada día. Me gustaría llegar a ser figura del toreo... pero también pasar a la historia, porque no todas las figuras del toreo han conseguido esto último. En cambio, ha habido otros toreros que, en su época, no han sido lo bastante valorados y ha tenido que pasar el tiempo para que se les considerase. Quiero que me recuerden como alguien que hizo evolucionar el toreo y que fue capaz de torear, en su época, en su momento, como ningún otro. Nada es imposible. Creo que tengo las cualidades para conseguirlo y por eso estoy aquí”.

Terminamos la entrevista preguntándole a Ginés si sabe el significado etimológico de su nombre. Niega con la cabeza. Procede del griego y quiere decir “origen, nacimiento”. Con Ginés Marín, algo está renunciando en el toreo.



ANATOMÍA IMPRECISA DE UN MILAGRO

Chapu Apaolaza

Hay gente que necesita desaparecer para encontrarse. Y hay gente que necesita una vida entera para ser uno mismo. Hay gente que es un montón de gente, habría que ver cuánta. Cuando volvió a la plaza después de que se le quebrara el ala, muchos se preguntaban quién era este él, y él era el único que lo sabía. Antonio Ferrera volvió a sí mismo cuando reapareció. Llevaba toreando desde los nueve años. No había hecho otra cosa en la vida. Y, sin embargo, todos se preguntaron quién era ese torero como si vieran un fantasma.

El matador venía de destrozarse un brazo en una corrida en Muro y pasó dos años en el infierno de la nada. Los médicos le llegaron a insinuar que igual no podría ser más. Que quizás todo se habría acabado. Después, como en la plaza se puede mentir pero no tanto, supieron que éste era el de veras, el verdadero Ferrera, y se cuestionaron quién era el otro, el del principio. Hubo gente que siempre vio a Ferrera. Lo vio Antoñete, que a través del humo veía dentro de la gente. Para ver a los toreros de verdad hay que tener los ojos limpios. No vale cualquiera.

Reaparecido del infierno de la ausencia, Ferrera era más él, como si hubiera emprendido un camino al centro de sí mismo. Incluso la forma de moverse, la forma de andar, la forma de mirarlo todo como si el universo hubiera parido la tierra esa misma mañana. Todo en él estaba bañado de una luz extraña, intensa, una nueva luz. A veces, incluso los aficionados comenzaron a preguntarse quiénes habían sido ellos mismos frente a él. Cómo era posible que no lo hubieran visto los que no lo habían visto antes. La tauromaquia, tan rica en matices, se cuenta a veces con la frialdad de un partido de tenis en el segundo set. A todos los toreros se les presumen los mismos miedos y los mismos deseos, los mismos prejuicios y la misma cantinela de que si Sevilla es especial y que si la responsabilidad de Madrid. La prensa taurina hemos convertido este espectáculo en un relato más o menos predecible compuesto a partir de alturas, velocidades, trayectorias y toros de teclas, variables más o menos físicas y agotadoras bajo la que se discurren historias de verdad, las que pasan y que explican el misterio de un artista. El pecado ha sido hacer de los toreros futbolistas y renunciar a lo que no sea la hipérbole y el cliché. Explicar cielo y el infierno no es dar la distancia de la Tierra a la Luna.

Son datos y, mientras tanto, el milagro esquivo recorre la escena soterrado como un río de lava.

De todos los milagros que hubo en Ferrera, quizás el más extraño no fuera volver sencillamente, si no volver a ser él. Volver a él mismo. La tendencia natural de los hombres es la de desdibujarse con el tiempo, perderse en una selva acumulada de nuevas motivaciones, desvíos, acomodados, vicios descubiertos y viejos sueños de los que poco a poco se va desistiendo. En la maraña, el camino se desdibuja. Esta vez, no pasó.

Para reencontrarse, quizás debía perderlo todo antes. Perderse a sí mismo, renunciar, cruzar la frontera a otros mundos de silencio. Y de ahí, renacer. De pronto, parece que en el vacío las cosas comenzaran a tomar de nuevo un sentido antiguo y olvidado. Todo adquirió de nuevo un porqué: levantar, encadenar los pasos, entrenar de nuevo, amanecer en la casa solitaria de la finca, caminar seguido por el perrillo, encontrar nuevos sentidos a las letras de las canciones, notar cómo la vista se acostumbra a caminar en la noche cerrada del campo.

De pronto, las mecánicas del día a día de un torero se hacen extraordinarias. El matador comienza a intuir la inspiración en los gestos más pequeños que vibran en una energía nueva: sentir el tacto frío del capote en las yemas, montar la muleta, preparar el tentadero como si fuera esta Beneficencia, vestirse de luces, por fin el paseíllo, quitar el toro del caballo, abandonarse en un derecho bajo la lluvia, volver a las sensaciones primeras y las ilusiones del becerrista, las primeras sangres que son el útero de donde nacen los matadores. Desconozco la anatomía del milagro, si fue ésta. Pudiera ser otra. Quizás no lo sepa nunca, ni siquiera él mismo. Sé que pasó y que nos hizo más felices.



La libreta de
Diego Ramos



LA LUNA A MANO IZQUIERDA

Ignacio Álvarez Vara "Barquerito"



©Laure Crespy

El último domingo del pasado abril, mañana lluviosa y fría, presentaron en las Ventas los carteles de Vic-Fezensac, el gran santuario torista del Sudoeste francés. Las cuatro corridas de toros -una de ellas, concurso de ganaderías de encaste Santa Coloma- y la novillada de Pentecostés. El toro de Vic es un toro de primera categoría, recordó Christophe Andiné, portavoz del Club Taurino de Vic. Por si alguien lo dudaba, después de una charla precisa y sencilla, vino la exhibición de un vídeo grabado en las diez distintas ganaderías anunciadas en la feria. Desfilieron como protagonistas los seis toros de la concurso. Dos de ellos, el de La Quinta y el de Juan Luis Fraile, dejaron a la gente sin palabras. Tal cuajo, tal hondura, tal belleza.

En el turno de preguntas, que no hubo, pero sí de comentarios, un hombre de edad, sentado en primera fila, tomó la palabra para confesar, rendido, que no había visto cosa igual en su vida y que las imágenes de aquellos toros valían en su opinión bastante más que muchas de las corridas que veía al año. Y casi todo el mundo asintió. El toro de Fraile no llegó a Pentecostés. Lo mató un hermano en una pelea en el campo. Por él fue otro de San Martín. Tal vez como aquel otro sanmartín que el Domingo de Ramos del año pasado se jugó de sobrero en la corrida de Victorino Martín con que se inauguró en Madrid la temporada. Un toro extraordinario.

Aunque la dicotomía turismo-torerismo esté en permanente tela de juicio, la afición torista resiste en Madrid. Turismo es tanto como respetar el prestigio del toro y de sus criadores. Encajada en la semana torista de San Isidro, la presente edición de la corrida de la Beneficencia avivará el sempiterno debate en torno al toro. La concurso de Vic, única en su género, ocupa en la temporada taurina francesa un puesto estelar, único. Como lo ocupaba la Beneficencia de Madrid antes de subsumirse en el calendario de San Isidro por una larga serie de razones.

No es sencillo preservar el carácter de corrida singular, como lo fue en su día la Beneficencia. Pero el de este año lo es. Un cartel de tres toreros extremeños de generaciones y concepto distintos, y un hierro, el de Alcurrucén, que cumple el papel de satisfacer por igual a las partes encontradas en los dilemas toristas. Varias veces ha lidiado Alcurrucén en la plaza de Vic. En concursos y fuera de ellos. Una ganadería larga sirve, entre otras cosas, para rizar el rizo. El toro es un debate perpetuo. Sobre todo, su cabeza.

La cabeza del toro del Conde de la Maza que cuelga disecada a la entrada del Puerta Grande, en la calle de Pedro Heredia, a dos pasos de la Monumental, es formidable. Por el trapío, por el cuello, por la mirada. Por las puntas y la cara. La pinta es barrosa.

Entre jabonero y colorado. Te imaginas el toro entero en movimiento. Como está en alto, casi vuela. Levita como un santón. Lo mató Pepín Jiménez en las Ventas en agosto del año 95. La cabeza es regalo de Pepín al posadero. Un orgullo para los dos. Pepín fue en Madrid torero de culto. Se les llama así. O llamaba. Un día contó Pepín Jiménez en una entrevista que a él, de niño, le había enseñado a torear su padre. Sin hacer distinción entre el toreo de salón y el otro. ¿Y quién enseñó a su padre? Su padre aprendió a torear viendo, estudiando y analizando fotos y fotos. Cientos de fotos de Manolete.

El toro parece de sangre Villamarta, que es mucho decir. La más mestiza, o sea, la más cruzada de todas las ganaderías punteras del siglo XX fue la del marqués de Villamarta precisamente. Entonces no se hablaba todavía de sangres absorbentes ni absorbidas, sino de cruces. Sin más. Un cruce es una encrucijada y, por tanto, una incógnita. Un misterio, la ruleta rusa. En la ganadería del Conde de la Maza es visible la huella de Villamarta. De dos o tres de las muchas ramas o partes de Villamarta. La de pintas claras, como la barrosa, da bastante menos temperamento que las otras.

No abundan las cabezas de toro en los garitos del entorno de las Ventas. Haberlas, haylas. Pero la curiosidad por la historia de los toros expuestos como trofeos o piezas de museo se ha ido diluyendo. Borrando lentamente, como es propio de la memoria. En las paredes de los bares envejecen las cabezas cortadas como si los toros no hubieran terminado nunca de morir.

De Ventas tiene escrito el historiador Aguilar Piñal que es un barrio desdibujado. Está muy bien dicho. No habrá adjetivo mejor ajustado a un nombre. La mejor perspectiva frontal de la plaza de toros, la que realza o realzaba sus dimensiones como edificio singular y exento, es la de una foto de 1932 ó 33, un año o dos antes de la inauguración oficial. La oficiosa fue la de junio de 1931, el mismo año en que se construyó e inauguró la plaza de Vic.

La toma de la histórica foto está hecha desde lo que ahora son los jardines de la Fuente del Berro, los descampados antiguos vecinos del asilo de Santa Susana. El edificio, exótico, es el único pero inmenso relieve de un desdibujado paisaje tachonado de nubes en esa imagen. "Look, man! This is unreal!", dijo un turista estadounidense a otro que iba de nuevas al asomar la cabeza por la escalera del metro de Ventas y descubrir con la mirada las primeras crestas de la Puerta de Madrid o Puerta Grande. Lo dijo con acento rendido de admiración y asombro. Unreal. Es decir, irreal, imposible, soñado.

La plaza acabó por prestar su nombre al barrio desdibujado y no al revés. Cuando pasó a ser cátedra del toreo, ya no quedaba apenas rastro de las ventas ni

los ventorrillos de dudosa fama levantados a finales de siglo en las dos riberas del arroyo del Abroñigal, unidas por un primitivo puente de Ventas que, en el plano de Faustino Cañada de 1900, parece insignificante. El entorno está vacío en ese plano. Todavía estaba por planearse el Madrid Moderno, una colonia privada de viviendas de traza rusa entre las rondas límite de la ciudad y el talud pendiente sobre el Abroñigal. No estaba ni por pensarse que, al pie del Madrid Moderno y de su talud o desnivel, iba a levantarse treinta años después la nueva plaza de toros. "La plaza de Madrid" la llamaba Antoñete, que echó los dientes en sus dos patios.

Es de imaginar que, con el sol a punto de ponerse, al torero que sale a hombros de la plaza le confunda una ceguera pasajera. En mayo, la luna queda arriba a mano izquierda. Llena o nueva. El paisaje de fondo, el lugar desde donde se cobró aquella foto pionera, es algo desolador. Lo propio de los barrios de aluvión. Las cocheras desmanteladas del Metro ahora ocultas tras una tapia provisional; las fachadas anónimas de la última acera de los pares de la calle de Alcalá antes del puente; el tráfico siempre denso y ruidoso; la explanada misma que alivia pero deseca el acceso principal, donde hubo en su día un jardincito, y la parada término del tranvía 49, no sé si la del 5 también; al fondo y al otro lado del río soterrado por la M30, el genuino barrio de Ventas -donde la ermita desaparecida del Espíritu Santo con su línea escalonada de viviendas alineadas hasta La Elipa. Y, claro, el cielo de Madrid, tan famoso. Tan famoso como el toro de Vic. O más.



BENEFICENCIAS DE LOS 80: LOS VARIADOS AÑOS DE LA MOVIDA

Paco Aguado



©Madrigal

Si algo caracterizó a las Corridas de Beneficencia celebradas en Madrid durante la década de los 80 fue, sobre todo, la variedad. De toros y de toreros. Y la ilusión, pues, influido también el toreo por ese nuevo y fresco espíritu que alentó la famosa "movida madrileña", la plaza de Las Ventas fue otro de los centros vitales donde se palpó el fuerte latir de una sociedad ávida de expansión y vitalismo.

No en vano, con Manolo Chopera al frente de la Monumental tras los fracasos de las dos empresas anteriores, la década de los 80 llegó a ser una de las épocas más brillantes de la historia del coso madrileño, con la espléndida confluencia de grandes toreros de varias generaciones que dejaron una huella profunda entre los aficionados de la capital.

A la gran regularidad artística y a la creciente afluencia de público –la casa Chopera logró cerrar su paso por Las Ventas con 18.000 abonados– contribuyó también la buena sintonía entre la empresa y los políticos de la Comunidad de Madrid, institución que tomó definitivamente el relevo de la antigua Diputación tras las primeras elecciones a la Asamblea madrileña, celebradas el 8 de mayo de 1983 y de las

que resultó presidente Joaquín Leguina. Así que durante todos los años de su largo mandato el dirigente socialista acudió a esta corrida extraordinaria acompañando al Rey Juan Carlos en el Palco Real.

Con Juan Antonio Gómez Angulo al frente del Centro de Asuntos Taurinos creado por el nuevo gobierno madrileño, la Comunidad comenzó a organizar, como tal, las Corridas de Beneficencia desde 1984, celebrándolas siempre, como era costumbre, el jueves siguiente a la finalización de la feria de San Isidro, ya adentrado el mes de junio.

Pero la primera de esta década, la de 1981, corrió aún a cargo del gobierno de izquierdas la Diputación Provincial, que se decidió a incluir en el cartel al veterano diestro sevillano Manolo Vázquez junto a José María Manzanares, Julio Robles y el "cavaleiro" Joao Moura –el único rejoneador que abrió plaza en las Beneficencias de esta década– para estoquear un lote de Samuel Flores que no propició ningún éxito.

El segundo matador de la dinastía Vázquez había reaparecido ese mismo año para dar la alternativa en Sevilla, y confirmársela en Madrid, a su sobrino Pepe Luis, hecho que coincidió en el tiempo con la inesperada vuelta a los ruedos de un torero de su misma época y que iba a marcar toda esta década en la plaza de Madrid: el inolvidable Antonio Chenel "Antoñete".

El maestro del mechón blanco, que acababa de cuajar para la historia al toro "Danzarín", de Garzón, toreó precisamente la Corrida de Beneficencia de 1982, y nada menos que ante reses de Victorino Martín, en el que fue el año de la consagración de la ganadería del "paleta" de Galapagar. Recordemos que unos días antes se había celebrado la que llamaron "corrida del siglo", con la salida a hombros de Victorino y de los tres matadores que desorejaron a sus toros, dos de los cuales, Ruiz Miguel y José Luis Palomar, alternaron después con Antoñete en esa Beneficencia en la que solo el soriano repitió puerta grande. Para redondear el año clave del hierro de la A coronada, unos días después aun llegaría el indulto de "Belador" en la Corrida de la Prensa, único en la historia de Las Ventas.



©Martín

La Beneficencia de 1983, celebrada apenas un mes después de las elecciones a la Comunidad, se planteó como un mano a mano entre Luis Francisco Esplá y el joven Yiyo, primera figura surgida de la todavía flamante Escuela Taurina de Madrid. No en vano, el alicantino y el joven madrileño habían sido los triunfadores, junto al revolucionario Paco Ojeda, de ese mismo San Isidro. Yiyo, auténtico torero revelación, acabó paseando una oreja, por dos de Esplá, de una corrida con el hierro de Félix Cameno pero que se anunció como de Dairo Chica, rejoneador colombiano relacionado con la familia Ochoa que acababa de comprar el viejo hierro murubeño.

La que protagonizó Esplá aquella tarde fue la última salida a hombros registrada en las Beneficencias de los 80, en tanto que desde entonces solo se cortaron tres orejas sueltas más. En la del 84, por ejemplo, Antoñete, Manzanares y Robles no obtuvieron ninguna de una corrida de Celestino Cuadri recordada con un sobrero de la entonces desconocida divisa de Núñez del Cuvillo.

En 1985 solo hubo un trofeo para Niño de la Capea, que tras hacer una gran feria de San Isidro –en la memoria queda una emocionante faena a un fiero toro de Manolo González– remachó así su gran primavera madrileña con los "murubes" de Fermín Bohórquez, esta vez ante Espartaco –en el año de su lanzamiento definitivo hacia el trono– y el murciano Pepín Jiménez.

Otro mano a mano se anunció para la Beneficencia del 86, ahora entre Julio Robles y Ortega Cano, que ya habían protagonizado otro "duelo" ese mismo San Isidro por caída del cartel de Manzanares. Pero el juego de los toros de Rocío de la Cámara dejó en nada el enfrentamiento entre dos toreros muy del gusto de la afición madrileña y que empezaban a concretar en triunfos todo lo apuntado durante años.

Entre tanta variedad ganadera en las corridas de esta década, en 1987 le cupo turno a la divisa de Jandilla para lidiar en Beneficencia, pero tampoco su juego propició el lucimiento de Curro Vázquez, Capea, que no se había contratado para San Isidro, y

Víctor Mendes, triunfador días antes en Madrid por pasear hasta tres orejas de un encierro de Baltasar Ibán.

Tras estos dos años en blanco, el siguiente trofeo de una Corrida de Beneficencia de Madrid se concedió en la edición de 1988, y fue a parar a manos de la nueva esperanza sevillana, Fernando Cepeda, quien, frente a toros de Sepúlveda, alternó ese día con otros dos toreros que debutaban en este festivo: el veterano Rafael de Paula –peculiar el vestido en tonos marrones, incluida la montera, que vistió el gitano ese día– y el novísimo Joselito. Después de presenciar en ese San Isidro la cornada mortal de su banderillero El Campeño, el torero de La Guindalera no logró triunfar en su debut en Beneficencia, pero su nombre iba a marcar varias de las Beneficencias de la siguiente década.

Por su parte, Rafael de Paula repitió en el 89, el último año, gran año, de la era Chopera en las Ventas. El jerezano resultó herido de menor consideración por un serísimo toro de Samuel Flores, mientras que el otro gaditano del cartel, José Luis Parada, no pudo remachar con otro éxito esa primera etapa de su breve resurrección profesional.

Fue Roberto Domínguez, también en trance de recuperación, quien paseó el único trofeo esa tarde de 1989, como preámbulo de su inmediata salida a hombros tras lidiar en solitario un encierro de Victorino Martín en la corrida de los periodistas. Fue el único de esa tarde y también el último de los nueve trofeos cortados en las Beneficencias de esta década, pues la corrida del 90, con los hermanos Lozano como nuevos gestores de Las Ventas, resultó un auténtico fiasco, sin que los flojos toros de Torrealta dieran la mínima opción al mismo Domínguez, a Emilio Muñoz y a Niño de la Taurina.

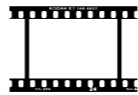
Aunque sin triunfos sonoros, pero sí con una amplia gama de ganaderías y encastes y presentando en su carteles un completo catálogo de los matadores que marcaron la década, las Beneficencias de los 80 representaron fielmente el espíritu de la mejor época vivida en la plaza de Las Ventas en el último medio siglo.



©Jesús

BENEFICENCIAS A TRAVÉS DEL OBJETIVO

Manuel Durán



fotos de Martín

Corrida de Beneficencia de 1963: Toros de Ricardo Arellano Gamero-Cívico, para Paco Camino, Santiago Martín El Viti y Andrés Vázquez



Hace cincuenta y cinco años, la corrida de Beneficencia anunciada para aquel 1963 no podía ser de mayor expectación. De hecho, los tres espadas, con el correr del tiempo, sumarían 36 puertas grandes en la primera plaza del mundo: El Viti, en catorce ocasiones; Camino, en doce y Andrés Vázquez, en diez. Los toros de Javier Arellano Gamero-Cívico el año anterior no se lidiaron en la misma corrida porque el ganadero consideraba su caché bastante por encima de lo que ofrecía la Diputación y no hubo acuerdo. En esta ocasión, debió de haberlo, pero la agonía del papa Juan XXIII mantuvo a la España de entonces sin "Fiestas" de toros por la enfermedad del Pontífice y los ejemplares que estaban ya en los corrales el 1 de junio permanecieron allí 20 días más.

Esto debió de influir en su comportamiento porque, al decir de los cronistas de la época, no embistió ni uno, y proporcionaron poco juego a los diestros, que con la mejor intención y voluntad, saludaron en todos los toros. Reseñables sendas estocadas del diestro de Camas y del de Villalpando y poco más. Como anécdota, se recuerda que, en el quinto, devuelto a los corrales por flojo, cuando ya estaba empezada la faena de muleta, un aprendiz de torero se lanzó al ruedo un poco tarde porque coincidió con la salida de los cabestros. Y uno de los mansos fue el que más embistió en toda la tarde, así que el maletilla se fue sin consumir el entrenamiento, tirando los trastos y tomando el olivo.



Los tres espadas en el túnel del cuadrillas (izquierda) y el músico Xavier Cugat y la actriz Abbe Lane entre el público que asistió a la corrida (derecha).



Dos fotos curiosas tomadas en el Patio de Caballos de Las Ventas: en la primera, "Pimpi", el herrador, Enrique Salas y Juan Feros "Curriquiri"; en la segunda, el doctor Espeldegui, José Lausín, Ramón Atienza, Farnesio y, de nuevo, Enrique Salas. Farnesio fue el famoso varilarguero que picó a "Islero" de Miura.



La "faena" del espontáneo al quinto de la tarde.

BELMONTE y CHAVES NOGALES: EL LIBRO QUE AGIGANTÓ UN MITO

Manuel Durán y José Miguel Glez. Soriano



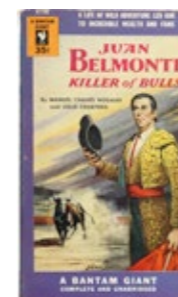
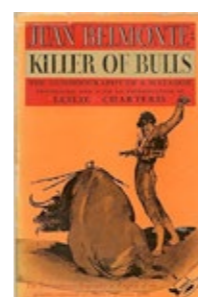
Este es el origen de la exposición que, a lo largo de esta temporada, se muestra al público en el deambulatorio venteño, bajo los tendidos 1 y 10. A través de doce paneles del gran tamaño, cuyo intenso color azul recrea el fondo de las noches belmontinas de toreo furtivo bajo la luna -uno de los episodios más celebrados de su biografía-, el mito de Belmonte y su escritor, Manuel Chaves Nogales, tendrán de nuevo su espacio para homenajear a uno y otro, artífices ambos del que, probablemente, haya sido el libro taurino de mayor trascendencia de todos los tiempos. En ellos se pueden ver diversos fragmentos de la obra de Chaves, fotografías del torero, algún cartel, las cubiertas de las diferentes ediciones junto a varios ejemplares de las mismas y los dibujos que para la primera se encargó de efectuar Andrés Martínez de León.

Encontrar sobre la mesa, entre los fondos fotográficos del Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid, un sobre en el que se leía «Originales biografía Belmonte» produce cierta conmoción, por dónde te lleva la imaginación de inmediato; y más aún, tras comprobar cómo las sospechas se confirman y que aquellos documentos eran -son- algunos de los originales -dibujos de Andrés Martínez de León y diversas fotos- utilizados en la edición originaria de "Juan Belmonte, matador de toros" de Manuel Chaves Nogales, publicada por entregas en la revista Estampa entre junio y diciembre de 1935 -y casi a la par, con solo una semana de delación, en el diario bonaerense La Nación-. Después comprobaríamos que se utilizaron más fotografías y que estaban en aquel sobre para la edición española del mismo año en formato de libro, y para la traducción en inglés de 1937 publicada en Nueva York. No están todas las imágenes: son 19 de aquellas utilizadas en la edición de Estampa -con la letra manuscrita de Chaves en el reverso, indicando el pie de foto- y 24 dibujos. Tampoco se tiene constancia de en qué momento llegó dicho sobre al interior de Las Ventas, pero lo cierto es que estaba allí... Tal vez llegase desde los talleres de Rivadeneyra, en la Cuesta de San Vicente, donde se tiraba la revista, una vez que estos cerraron; que lo hiciera a través de los editores en inglés, de Martínez de León o de la propia familia de Chaves Nogales... El hecho queda, en definitiva, en el misterio de esta plaza.



Durante la preparación de dichos paneles, conseguimos localizar ejemplares de la revista "Voilà" de 1936, en donde, entre los meses de mayo y julio, apareció una adaptación resumida y en francés del libro de Chaves a cargo de Joseph Peyré, el autor de la novela taurina "Sang et lumières". Constituían un total de seis entregas, bien estructuradas, con un diseño muy moderno y en las que se reproducían algunas de las fotografías originales de Estampa, con la referencia precisa de los autores de las mismas. Ya al año siguiente, como folletón entre los meses de agosto y octubre de 1937, publicaría Peyré una versión más completa de la biografía belmontina en

el diario bordelés La Petit Gironde; y ese mismo año, tendría lugar la aparición simultánea en Londres, Nueva York y Toronto -con reediciones hasta 1953- de "Juan Belmonte, killer of bulls", en traducción al inglés de Leslie Charteris, autor de las famosas aventuras de Simon Templar, «El Santo», quien incorporaba una extensa "A note on bullfighting" para el público anglohablante pero excluía, sin embargo, el nombre de Manuel Chaves Novales de la cubierta de la edición, apareciendo solamente en la portada interior y con caracteres más pequeños que los de su propio nombre como traductor. Un año después, en 1938, la editorial Ercilla de Santiago de Chile imprimirá la obra original en español suprimiendo -eso sí- el copyright al escritor sevillano, convirtiéndose de ese modo en edición «pirata» para el mundo hispánico en América...



Comenzaba así la internacionalización del mito belmontino, que continuaría en época reciente con nuevas ediciones extranjeras, en lengua francesa (Verdier, traducida por A. Martín) e italiana (Neri Pozza, traducida por Hado Lyria). En nuestro país, tras la Guerra Civil hubo que esperar hasta 1969 para que el libro apareciese reeditado en Alianza, con un epílogo a cargo de Josefina Carabias. Las ediciones de Renacimiento en 2009 y 2013, con estudios introductorios de M^o Isabel Cintas y Alberto Glez. Troyano, respectivamente, así como la de Libros de Asteroide de 2009, con palabras previas de Felipe Benítez Reyes, completan en castellano la difusión de Chaves Nogales y su gran obra sobre Belmonte, junto con la edición, por parte de la Diputación de Sevilla, de la Obra narrativa completa del escritor sevillano en 1993 y 2009.



La literatura presta a la realidad su simbología legendaria, la hace propagarse a través de las épocas y los países. Juan Belmonte fue sin duda una figura excepcional, cuya personalidad y capacidad innovadora hicieron de él un ser atípico tanto en su aspecto físico y forma de torear como en sus comportamientos sociales, cualidades que serían las que llamasen la atención de Manuel Chaves Nogales a la hora de querer relatar su vida; una suerte literaria que -podríamos decir hoy- no encontró su gran rival «Joselito», considerado el mejor torero de todos los tiempos... con permiso de Juan Belmonte. Juntos torearon en Madrid hasta en 37 ocasiones, incluidas las corridas de Beneficencia de los años 1915, 1916 y 1919, las tres en las que intervino el «Pasma de Triana» en fecha taurina tan señalada. En la primera de ellas, celebrada el 25 de abril, la faena al primer toro de su lote, del hierro de Murube, fue para muchos la más completa de su vida, superando la famosa del 2 de mayo del año anterior y la celeberrima al toro de Concha y Sierra en la corrida del Montepío de 1917. Actuación inolvidable gracias a cuatro naturales excelsos, ligados sin enmendarse, según leemos en las crónicas de la época y en su biografía... En el toreo, por ser un arte efímero, resulta aún más importante describir los grandes momentos y a sus protagonistas para que perduren; y de no ser por la biografía de Chaves, Belmonte habría pasado, sí, a la historia de la tauromaquia, pero no habría alcanzado a ser el mito universal que en la actualidad es.

